

LOS CUENTOS DE VIGIL

Por Francisco Casañas Lemos

Ni aun en la enseñanza oficial más adelantada de las escuelas, de cualquier país del mundo, se ha llegado al grado ideal que encierran los cuentos de Vigil. El autor prescinde de fantasmas, de combates, de historias truculentas, de narraciones terroríficas, de concepciones inverosímiles, de sucesos equívocos, y se concreta a novelar con la levadura de las virtudes esenciales de la vida: el amor, la abnegación, la gratitud, la paciencia, la ternura y tantas otras cualidades edificantes. Con esa arcilla modela el alma infantil, la orienta, la inunda de luz, la llena de sublimes aspiraciones.

Cada cuento tiene, sin aparecer explícitamente apuntada, su moraleja; cada historia encierra una lección edificante para cada uno y todos los momentos de la vida. No nos aventuramos al vaticinar que llegará el día en que todos los padres del mundo tendrán en su biblioteca la colección de estos cuentos para aplicarlos como enseñanza práctica, en la educación corriente de sus hijos, Constancio C. Vigil, con sus agudos dotes de psicólogo y observador, ha penetrado en el misterio de esa onda psíquica que une al niño con el animal, y ha comprendido que no hay ni puede haber mejores canales conductores de sus sanas enseñanzas que los personajes de sus cuentos, desde el insignificante escarabajo hasta el rey de la selva.

En el maravilloso mundo de estos cuentos los hombres son animales, pero los animales hablan, piensan, sienten, aman, odian, triunfan y fracasan como los hombres.

Como no es ni puede ser superficial, Vigil cava hondo, penetra en el dolor con el bálsamo de su palabra cauterizante, infunde confianza en el desaliento, y si al volver la última página de su trabajo tienes los ojos húmedos, lector amigo, es porque has ganado una enseñanza de inapreciable valor.

Francisco Casañas Lemos

(Extracto de su estudio crítico "Constancio C. Vigil y sus cuentos")

PLEGARIA POR EL ARBOL por Constancio C. Vigil

Acentuaría notablemente la cultura de América una legislación protectora del árbol.

El árbol purifica y fecundiza, no sólo el aire y la tierra, nuestro corazón también.

Apóstol silencioso, nos predica el bien, prodigándolo a cuanto se le acerca. Basta mirarlo, para sentir su dulzura; basta tocarlo, para sentir su paz. El siempre está aconsejándonos.

Los malhechores tiemblan al oírlo de noche, como si murmurara. Tiemblan porque no oyen lo que dice, y temen amenazas como las del hombre. Si entendiesen, serían buenos!

La armonía y la bondad fluyen de cada una de sus hojas, como de libro santo.

El ombú es la historia de la patria vieja, y la palmera, la del indio.

Además de filósofo, historiador y poeta, el árbol es profeta. Contad los árboles de una nación y leeréis su porvenir. Nada grande hay que esperar de los países sin abundancia de árboles.

Felices, fuertes y triunfadores son los que surgen en medio de los árboles, y gozan de la caricia de su sombra y de la terapéutica de su fruto.

Sabéis de dónde viene, si no es de sus bosques, esta fragancia virginal de América, que con fruición aspira el mundo?

Ay de América si sus bosques desaparecen! En ellos está el secreto de su vitalidad exuberante, en ellos nace el soplo soberano que nos empuja al porvenir.

Los árboles impiden las cargas de caballería, dificultan el paso de los cañones y amparan al perseguido.

Cuando juzguéis a un hombre, disminuíd la pena en relación al número de árboles que plantó.

Vale más plantar árboles que estatuas, que no crecen, ni alimentan, ni abrigan, como los árboles.

Defendamos el árbol!

Amar el árbol es comprender la vida. Salió de abajo de la tierra para mirar el sol, y compadecido de los pájaros, abrió los brazos para protegerlos, y compadecido de los hombres, les da cuanto posee. Recibe cada mirada como una caricia, y cada gota de agua como un tesoro.

Trasunto del Universo, es todo serenidad, belleza y armonía.

¡Sabio que enseña en silencio, santo que con cada mano pide al cielo la bienaventuranza para todos, artesano y artista que trabaja día y noche para convertirse él mismo en una plegaria que asciende al cielo!

Enseñemos a todos a defender y pagar el árbol!

Constancio C. Vigil.

CARIDAD

por Constancio C. Vigil

CARIDAD ES dar sin que parezca que se da; mostrarse como vencido ante quien puede menos;

callar el propio dolor, y sentir el ajeno;

dar o negar antes que se pida;

no impedir el llanto a quien lo necesita, ni la risa a quien conviene reír;

no hacerle saber al tonto que los es;

decir en diez palabras lo que otros dirían en cien;

dirigirse a los hombres como si fueran niños, aunque no lo parezcan;

no hablar mal del prójimo, ni bien de sí mismo;

no tener hijos quien no ha de educarlos;

dejar pasar primero al más pequeño,

o más insignificante, o más ansioso;

comprender que amar no es estorbar;

dejar a cada uno la ilusión que lo sostiene y que lo anima;

difundir la certeza de que lo real del ser humano es lo invisible; de que la muerte del hombre es ilusoria; de que la redención consiste en el desarrollo de la inteligencia;

no quejarse durante la jornada y aguardar dulcemente que la noche nos cure;

mirar a la muchedumbre sin desdén ni indiferencia; no explotar su candidez y su ignorancia; prestarle noble ayuda para que pueda mejorar su condición;

sabiendo que hasta las piedras se desgastan con el roce y que hay roce aun en las miradas y en los pensamientos, convivir con los hombres y para ellos;

atenerse en la tierra al amor de aquellos a quienes no escucharemos ni veremos y que muy prontamente nos olvidarán.

CONSTANCIO C. VIGIL